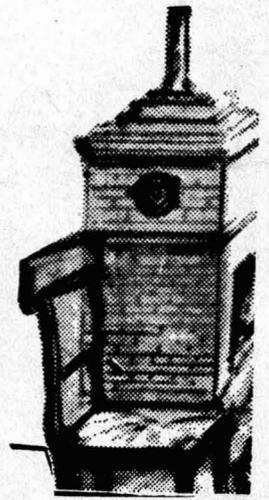


Gerardo
Velásquez

En la tupida oscuridad*

(Dos obras
en un acto)



Notas:

Las dos obras siguientes son para presentarse en un mismo programa. De preferencia, una misma actriz hará los papeles de Clara y Sabina. Otra actriz representará los otros papeles.

Las acciones se sitúan en una pequeña ciudad ferrocarrilera. Época actual.

Tanto el título como los epígrafes de las obras son del poema "En las tinieblas húmedas..." de López Velarde.

Para los decorados, los lados serán los del espectador.

UNO

"he aquí que, entre las sombras, regando estás la esencia".

PERSONAJES:

Clara, cuarenta años. Se le verá ojerosa, pálida, poco lúcida. Reprime el nerviosismo con escasos resultados.
Marey, cincuenta años.

El escenario está dividido en dos partes: el corredor y el cuarto de Clara. A la izquierda, se encuentra el corredor: ocupa la mayor parte del escenario. En primer término, está la puerta de la calle, no se ve. Frente a ella, una pequeña sala de mimbre entorpece la franca entrada a la casa. A lo largo de las paredes del corredor hay macetones con plantas diversas. En la pared de la izquierda, una puerta conduce a las demás habitaciones de la casa. En el fondo del corredor está la puerta del patio; se intuyen plantas, ropa tendida, una cerca de madera. La puerta de la pared de la derecha nos lleva al cuarto de Clara: es bastante estrecho. Una cama matrimonial y un ropero de buen tamaño, hacen más opresivo el ambiente.

En este decorado se dará especial énfasis a los focos que iluminan las habitaciones. El del cuarto de Clara, está al alcance de la mano; se le esquivará, o de plano apartará al andar de un lado a otro. El foco del corredor estará cubierto por un farol. Cerca de la puerta de la calle está un medidor de corriente eléctrica. La tarde está muy avanzada. Del lado del patio y sobre una silla está parada Marey. Tiene los brazos en alto.

Marey: [Dando un grito.] ¡Como que me dieron toques! [Ríe nerviosamente.]

Clara: [Está en su cuarto. Trae una toalla enredada en la cabeza: acaba de bañarse. De mala gana atornilla y desatornilla el foco de una lámpara. Cortante.] ¿Toques? El "suich" está bajado.

Marey: Cerciórate, ¿sí?

Clara: [Continúa con lo suyo.] Desde aquí estoy viendo tamaño "suich" bajado. [En voz baja.] ¡Ya no estás...! [Pausa.]

Marey: ¿Y si me corto un dedo?

Clara: Muy merecido te lo tendrás. Deja ahí, Marey. Otro

día lo cambiamos. Es más necesario el foco de mi lámpara.
Marey: Estuviera el escusado dentro de la casa, voy de acuerdo. Pero afuera, y a oscuras, Dios sabrá.

Clara: Pensaba leer.

Marey: ¿Leer? ¿Y ahora qué mosca te picó?

Clara: ¿Me prestas tu Biblia?

Marey: No necesitas pedirla prestada. [Baja los brazos. Trae unas pinzas en la mano derecha.] Se cansa una de tanto estar así, de puntas. [Echa la cabeza hacia adelante para descansar.] Medio se marea una. [Ríe. Se detiene del marco de la puerta.] Tu foco alumbraba bien. Puedes leer con ése. [Clara mira con brusquedad el foco que está al centro del cuarto.]

Clara: Con el foco tan lejos, no puedo leer.

Marey: Quítalo y ponlo en la lámpara.

Clara: [Frustrada.] En eso estaba pensando. [Va hacia el foco que le mencionaron. Levanta el puño. Después de un momento de indecisión, le da un manazo. Asustada interrumpe el movimiento del foco: amenazaba golpear contra el ropero. Vaga por la habitación. En un arranque de furia da una patada a una pata de la cama. Le dolió. Se queja en voz baja.]

Marey: [Ha vuelto a su tarea.] ¿Me hablabas?

Clara: Hablaba sola. ¿No puedo?

Marey: Los locos pueden.

Clara: La loca es otra.

Marey: ¡Vaya que sí! Te estoy esperando con el foco.

Clara: Voy con él. [Desatornilla el foco de la lámpara.]

Marey: Está medio difícil de quitar esta rosca. A ver si tú sí la puedes quitar. [Vuelve a descansar bajando los brazos.]

Clara: Despreocúpate: ni la lucha haré.

Marey: [Enojada.] ¿Quién demonios lo rompería?

Clara: Te digo que oí como una piedra. [Inquisitiva.] ¿No la oíste tú?

Marey: La noche se hizo para dormir. No para averiguar quién se echa más pedos.

Clara: Pues yo oí como una piedra. ¿No la escuchó Genaro?

Marey: ¿Te parece poco con el vidrio que se encajó en la planta del pie?

Clara: Ni hubiera ido a trabajar.

Marey: ¡Bonitos consejos! ¿Ya vas a mantenernos tú?

Clara: [Sin hacerle caso.] No se te pase preguntarle.

Marey: ¿Qué?

Clara: Nada, nada. [Pausa.] ¿Y si se descompone la máquina?

Marey: ¿Cuál máquina?

Clara: ¿Cómo que cuál? Pues en la que iba Genaro.

Marey: [Desatiende su tarea un momento.] Lo que quieras con Genaro, conmigo.

Clara: Se me ocurrió.

Marey: Se te ocurre cada cosa. [Pausa.]

Clara: Yo creo que sí regresan temprano... Con tal que sea antes del amanecer... Pasado mañana, entonces... [A Marey.] ¿Verdad que Agustín...? [Se tapa la boca.]

Marey: ¿Verdad que quién?

Clara: Hablaba de...

Marey: ¡Con tal que no me quede así...!

Clara: ¿Ya vas a empezar a decirme loca?

Marey: ...como estatua. Yo aquí sobándome el lomo, y tú por allá metidota haciendo quién sabe qué.

Clara: [Mintiendo.] Estoy echada en la cama. Descansando. ¿No te da envidia?

* Obra premiada con el 1er. lugar en el Concurso de Teatro convocado por el Museo del Chopo en...

Marey: Bien sabes que sí. ¡A quién no le gusta perder las horas a lo puro menso!

Clara: [Molesta.] Pues no, no estoy en la cama. [En voz baja.] ¡Estoy llorando! [Se limpia las lágrimas.] No, no estoy llorando. Estoy feliz. [Trata de reír.] Soy feliz. [Mira el foco que aún trae en una mano.] ¡De no ser por este foco! [Con violencia lo arroja al suelo.]

Marey: ¿Qué pasó?

Clara: El foco... se me cayó...

Marey: ¿Lo rompiste?

Clara: [Feliz.] No mucho. Apenas tiene una rajadita.

Marey: Rajadota. Hasta acá se oyó el fregadazo. Si serás bruta. ¿Cómo fue que se te cayó?

Clara: Me tropecé. [Con diligencia va hacia donde está su hermana. Del lado del patio está la escoba y el recogedor. Regresa con ellos y recoge los vidrios.]

Marey: Ay Clara, cuando no te tropiezas, metes la pata.

Clara: Compraré otro foco.

Marey: Has de ser millonaria.

Clara: [Fingiendo enojo.] Entonces no lo compro.

Marey: Ándale, para que te quedes sin luz. De castigo, estoy pensando en poner en el patio, el foco de tu cuarto.

Clara: Haz lo que quieras.

Marey: ¡Carajo! Y ahora que ya saqué el mugrero de rosca. [Mira los restos del foco con atención. Con disgusto, los arroja hacia un lado del patio. Salta de la silla. Con una mano se toca el lado del corazón.] Una ya no está para las subidas... [Se deja caer en la silla.] Ni para las bajadas. Ay madre, qué día. [Pausa.] ¿A qué hora vamos a comprar el pan?

Clara: [Sobresaltada. Había tenido la vista fija en algún objeto del cuarto.] Ve tú sola. Hoy no tengo ganas de salir a ninguna parte.

Marey: Se nota, te la has pasado encerrada como león.

Clara: [Molesta.] Esté donde esté, es cosa que no te importa.

Marey: Rectifico: leona enjaulada.

Clara: [Se quita la toalla de la cabeza y se seca el pelo con la misma.] Marey, ¿me pones los tubos? [Suplicando.] Por favor.

Marey: ¿Los tubos?

Clara: Sí, los tubos.

Marey: ¡No que no pensabas salir!

Clara: Si a última hora me decido a salir, ¿qué? ¿Vas a impedírmelo? [Pausa.]

Marey: ¿Por qué estás enojada?

Clara: ¿Enojada? Nerviosa, más bien. [Saca un cepillo del ropero, y se cepilla el pelo. En voz baja.] Avergonzada es más correcto. [Canta.] "Yo soy rielera y tengo mi Juan, / él es mi vida, yo soy su querer." / Me está empezando a salir urzuela. Me cortaré el pelo. [A Marey.] ¿Cuánto hace que me corté el pelo?

Marey: ¿Te lo vas a cortar?

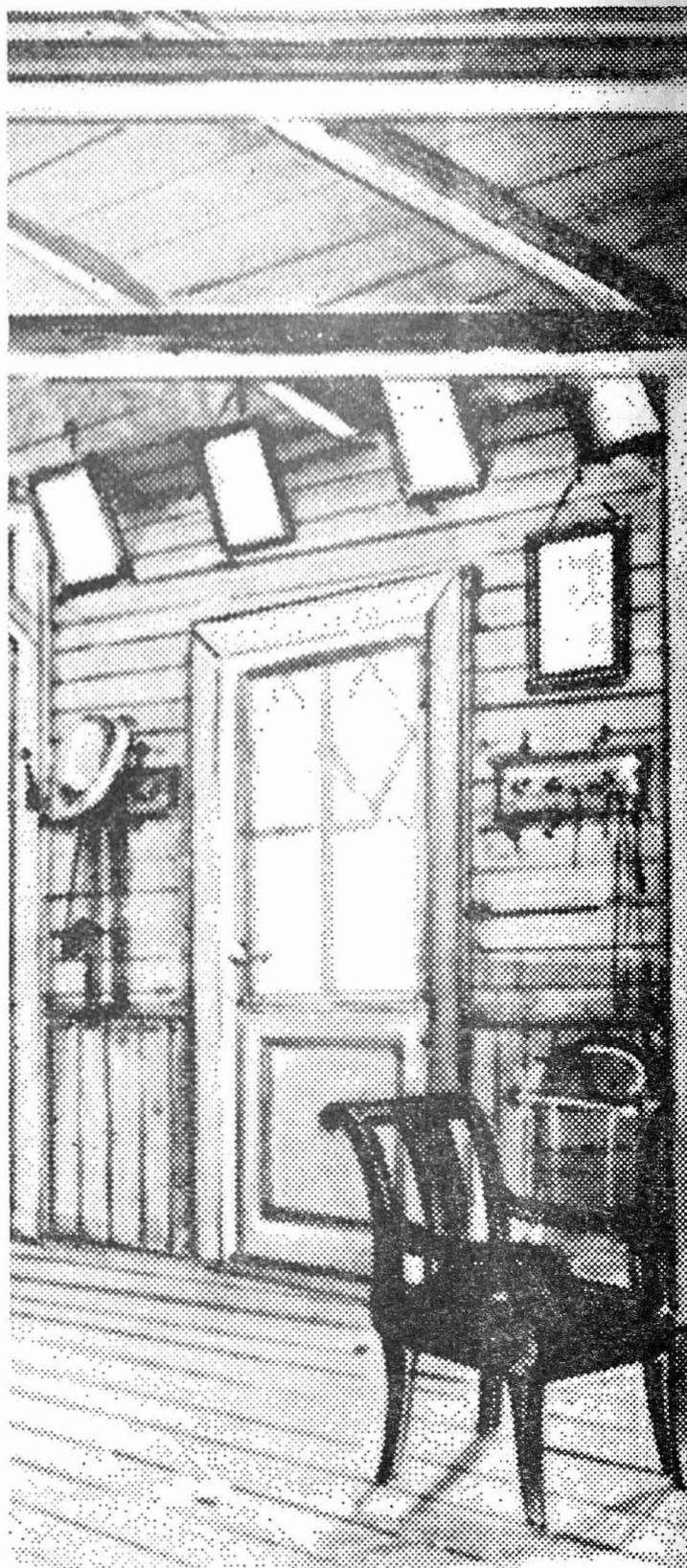
Clara: Me están dando ganas. ¿Me acompañas al salón?

Marey: ¿Y por qué no quieres que te lo corte yo?

Clara: Ahora quiero gastar.

Marey: Lo que tienes. [Se levanta de la silla y va a la puerta del cuarto de Clara.] ¿Me quieres explicar, qué es lo que pasa contigo? [Clara no le contesta.] ¿Me vas a dejar con la pregunta en la boca?

Clara: [A punto de estallar.] Trágetela, por favor, para que no te haga tanto daño.





Marey: Clara, te daré una bofetada si sigues...

Clara: [Interrumpiéndola.] No seguiré. Y ahora déjame sola. [Marey da media vuelta y se va a sentar en uno de los muebles que está en el corredor. Se para. Se dirige hacia donde se encuentra el medidor de energía eléctrica: conecta el interruptor. Ahora el escenario estará iluminado por los focos que convengan. Ya es de noche.]

Clara: Es que tengo sueño. Voy a dormirme. Cuando despierte seré diferente.

Marey: Seguirás igual. [A manera de reproche.] Después de comer te recostaste.

Clara: No dormía. Pensaba. [Pausa.] ¿Cómo es?

Marey: [Se vuelve a sentar. Cierra los ojos. Tarda en contestar.] ¿Qué?

Clara: Olvídalo.

Marey: Si vas a contarme algo, cuéntamelo ahora. Un momento más, estaré dormida. Y yo si digo que voy a dormir, duermo.

Clara: [Sobreponiéndose.] No fue una piedra... Anoche...

Marey: [Se levanta de un salto y se dirige hacia la puerta que conduce a las demás habitaciones.] ¡A la fregada contigo! ¿Clara? Debieron ponerte Oscura. ¡Que te entienda tu madre!

Clara: [Corre al umbral de la puerta de su cuarto.] Rompí el foco con la escoba. Para que el patio se quedara oscuro.

Marey: ¿Y qué ganabas con eso?

Clara: Era más fácil apagarlo. Pero si tú o Genaro se levantaban al baño y lo prendían... Hice bien. Lo rompí querido. [Golpea el marco de la puerta con el cepillo que aún trae en una de las manos]

Marey: [Enojada.] Idiota, ¿y qué esperas para ir a comprarlo?

Clara: Lo volvería a romper.

Marey: Falta que te deje. ¿Crees que Genaro está sellando dinero?

Clara: ¡Ojalá todo fuera cuestión de dinero! [Se cepilla el pelo. Después de una breve pausa.] Las últimas noches, me ha dado por salirme al patio... [Pausa. Completamente ensimismada.] Me daba miedo... Ponía el pasador... Prefería hacer en la bacinica... Lo tonta que es una al andar creyendo en... [Ríe.] Te decía, ¿qué te decía? [Pausa.] Pues sí, me recargo en el naranjo, o de plano me acuesto en el vil suelo. [Con marcado énfasis, como si Marey la fuera a interrumpir.] Estoy loca, sí. Me puedo resfriar, sí. A pesar de pensar en tu desaprobación, lo hacía. Lo seguiré haciendo. ¿Está claro? Es... ¿Cómo decirte? [Buscando las palabras.] Sientes la humedad, el vestido mojado, y tú como si nada. Las estrellas las miras como si no fueran estrellas. [Encontrando el ejemplo.] Eso es; el tren pita de pronto, y tú no te sorprendes. [Feliz.] Es que esperabas que sucediera así. Es un estar tranquila. Es una especie de vivir de otra manera. Es... ¡Dios sabe qué feliz he sido! [Bruscamente.] ¡Dios lo sabe! [A punto de llorar.] ¡Dios lo sabe! [Arroja el cepillo al suelo. Gritando.] ¿Por qué no lo sabe una antes, y se duerme en santa paz? [Atropelladamente.] Había visto a Agustín otras veces. Igual de borracho. Vomitando. Me daba asco y me metí corriendo a mi cuarto. Pero anoche... [Pausa.] Recosté a Agustín sobre mis piernas: no me sintió. Ni me abrazó, ni nada. Me imaginé a la Lencha. Miento. Ni siquiera pensé en su esposa. ¿Me hubiera detenido de haberlo pensado?

Marey: ¡Y a mí qué me preguntas! ¡Pregúntate a ti misma!

Clara: Ahora que lo pienso bien, no. Hacía frío. Tú podrás decirme que no. Pero yo sí siento la falta de cariño.

Marey: Tienen siete niños. [Recalcando.] Y medio. Casi a punto de nacer, y serán ocho.

Clara: ¡Entiéndeme! Te juro que me daba asco su aliento de borracho. Y sin embargo, estaba ahí con él: soportando. No, no, soportando no. ¿Cuál es la palabra?

Marey: Ni te andes por las ramas.

Clara: Antes no. Pero hoy... Hoy sentí... Me sentí... Sentí la vida: conviví.

Marey: ¿Quieres que te aplauda?

Clara: Si ese es tu deseo.

Marey: ¡Tanto guardarte para terminar así!

Clara: Aún no he terminado.

Marey: [Zarandeándola.] ¡Pues me lo terminas, ahora mismo!

Clara: [Desembarazándose.] Oí cuando el llamador preguntaba por Genaro. [Fingiéndola voz de su cuñado.] “¿Una maroma?” “¿Quiénes van?” Al escuchar el nombre de Agustín, lo desperté. [Lo actúa.] A bofetadas. [Ríe.] Él me miró asustado. Es hora de trabajar, le dije. Y le besé la frente. Se talló los ojos. Me agarró un hombro, una oreja. Se los volvió a tallar. Lo hice a un lado. Finalmente, le di la llave del candado y me di la media vuelta. [Suplicante. Esperando una respuesta afirmativa.] ¿Crees que esta noche se atreva a venir a nuestro patio?

Marey: [Indignada.] ¡Qué sé yo!

Clara: [Cantando.] “Yo soy rielera, y tengo mi Juan.” [Marey le da una bofetada. Pausa. Clara se sienta en uno de los muebles de la sala.] Tengo las piernas adoloridas de tanto estar en una misma posición. [Trata de reanimarlas dándose leves golpes con las manos.]

Marey: Lo esperas. Vas a esperarlo, ¿verdad? [Llora. Clara no le contesta. Pausa.]

Clara: [Exaltada. Defendiendo su posición.] Sí, sí, sí.

Marey: ¿Por qué no buscas uno sin compromiso?

Clara: [Desafiante.] ¡Estoy cansada de buscar!

Marey: No, Clara. Sé que no has buscado. Esperabas que te buscaran, eso sí lo sé.

Clara: [Suplicante.] Marey, no me hagas dudar, ¿quieres? [Marey no le contesta. Después de una pausa. Un tanto apenada.] ¿Cómo es?

Marey: ¿Qué?

Clara: El hombre.

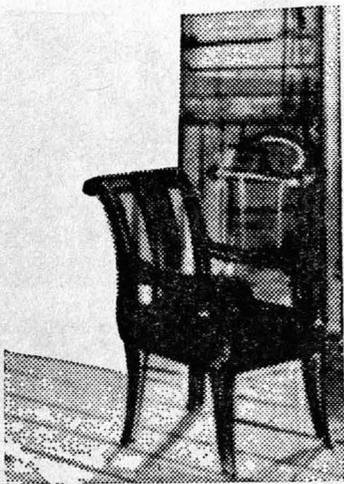
Marey: ¿El hombre? [Lo piensa un momento.] Es como nosotras. O nosotras como ellos. No hay diferencia.

Clara: [Armándose de valor.] Te preguntaba por...

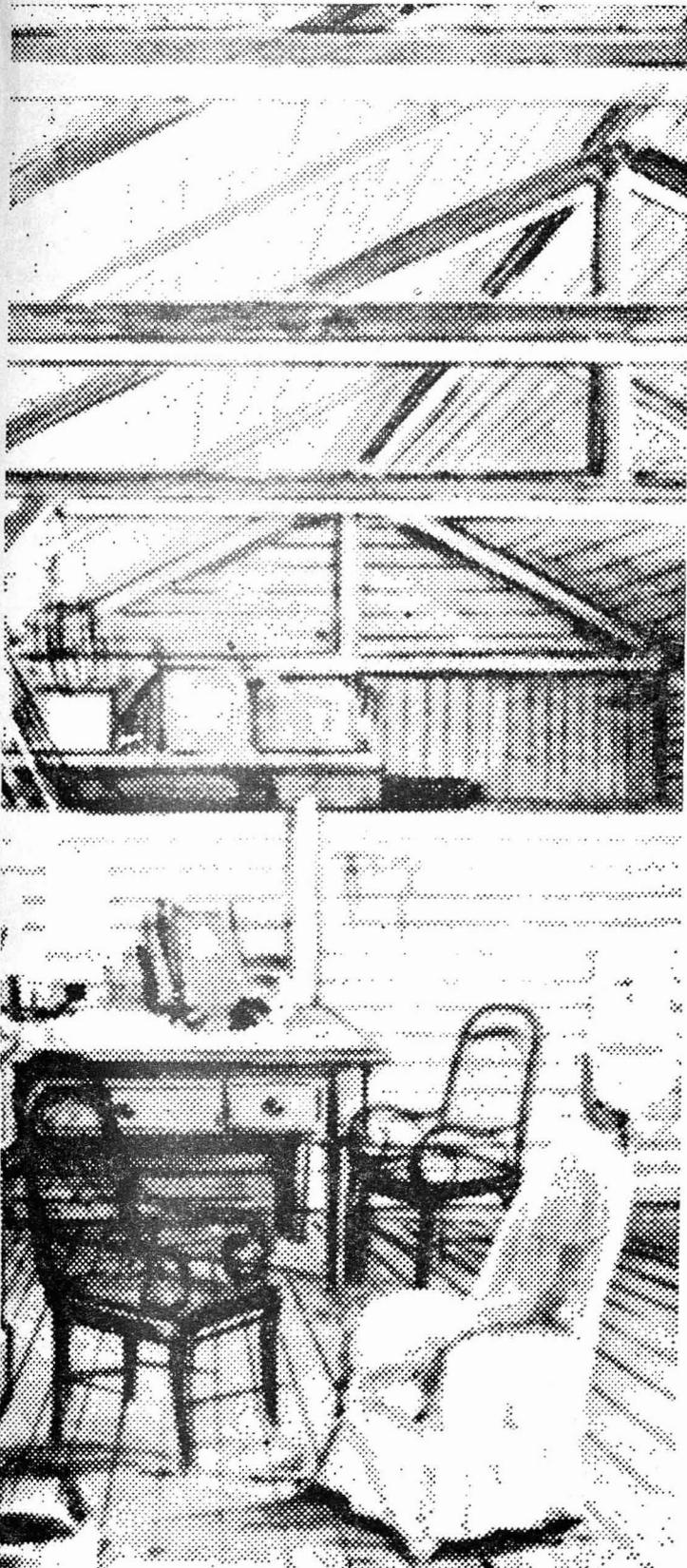
Marey: [Interrumpiéndola.] Antes que nada: ambas tememos a Dios. [Sentenciosa.] Debemos temerle.

Clara: Yo ya no le temo. Me he vuelto dura. [Llora. Rápidamente se limpia las lágrimas.] Estoy tratando de ser dura. [Fuera de sí.] ¿Es que no tengo derecho a luchar por la poca vida que me queda? He pensado en matarme, Marey. [Llora. Marey la abraza.]

Marey: No Clara, eso no. Cualquier cosa, menos eso. [Le limpia las lágrimas.] ¿Por qué no me lo habías dicho, tonta? [Le besa la frente, las mejillas.] No, tú no harás eso. ¿Me lo prometes? [Clara niega. Marey le mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo.] Sí, y sí. Hemos perdido tanto el tiempo hablando de todo, menos de nosotras. Yo también tengo mis problemas, ¿sabes? De ahora en adelante, hablaremos de eso. De lo que solamente sabemos nosotras mismas. Sí,



- la vida será diferente. Es cosa de no sentir pena, nada más. [Lo piensa un momento.] Sí, por qué no he de decírtelo: he estado tentada en decirle a Rubén, ¡que te cortejara! Y si no se casaba contigo, yo podría hacerme de la vista gorda. No serías la primera en tener hijos, así.
- Clara: Es más fácil decir: ¡ya no me amargues la existencia! ¡Vete de mi casa! [Hace el intento de ir a su cuarto.]
- Marey: ¿Me crees capaz de correrte?
- Clara: Sí.
- Marey: No te digo que no lo haya pensado. Pero decírtelo, nunca lo oirás de mí.
- Clara: No es necesario que lo digas: se siente.
- Marey: A veces eres insoportable, reconócelo.
- Clara: ¡Qué no diré yo de tí!
- Marey: Con que te pintaras un poco, ya hubieras encontrado quién...
- Clara: No necesito encontrarme a nadie. Me iré de tu casa, y punto. [Entra a su cuarto.]
- Marey: [Yendo tras ella. Se detiene en el umbral.] Seamos francas. Ninguno de nuestros hermanos te soporta. En cambio yo...
- Clara: ¡No te las des de muy bondadosa! Me gusta tu casa, porque tú bramas menos que ellos. Porque además, hay una pared de piedra, y no una cortina, o una pared de madera, y yo no los oigo gozarse. Puedo leer, dormir, vivir la vida más tranquila. Los niños ya están casados y Genaro casi no se pelea contigo.
- Marey: [Orgullosa.] ¡Eso es lo que tú crees! Ganas me dan de regalar a Genaro. Si lo quieres, llévatelo.
- Clara: De haber querido...
- Marey: ¡De haberte dejado! ¡No soy tan... pendeja!
- Clara: En otras palabras: ¿yo sí fui?
- Marey: Ni se fijaba en ti.
- Clara: ¡Si supieras!
- Marey: [Despectiva.] Durmiera en este cuartito, no estaría tan segura.
- Clara: Aún sigo poniendo el pasador, por si acaso.
- Marey: ¡Ahora me explico lo de tus salidas al patio! [Pausa.]
- Marey: Repite conmigo. Padre nuestro... [Con violencia, Clara abre el ropero.]
- Clara: ¡Ya he rezado bastante! [Dándose su tiempo, selecciona un vestido. Se quita el que trae puesto y se pone el que eligió.] Súbeme el cierre, ¿sí? [Marey se lo sube] ¡Qué tal si le subo la bastilla! [Hace varios dobleces. Se decide por el más recatado: un poco más arriba de la rodilla. Va al ropero. De una caja saca una aguja. Busca un hilo del color del vestido. No lo encuentra.] ¿Tienes hilo de este color?
- Marey: No.
- Clara: Saldré a comprarlo. [Se mira en el espejo del ropero.] Aún tengo el pelo húmedo.
- Marey: ¡No lo hagas, Clara! ¡No lo hagas! [Reprime el llanto. Con la mirada, Clara localiza el cepillo que arrojó al suelo. Lo recoge.]
- Clara: Lo despostillé. [Ríe y se cepilla el pelo.]
- Marey: [Después de una pausa.] ¿Y si Genaro llega a encontrarlos?
- Clara: ¿Lo crees capaz de tumbar la puerta para entrar en mi cuarto?
- Marey: [Molesta.] Genaro está en su casa. Puede tumbar las puertas que quiera. Cuando llegue se lo diré. Así sabrás a qué atenerte.
- Clara: [Buscando la complicidad.] Díselo hasta mañana. Deja que suceda. ¿Sí?
- Marey: [Levanta los hombros.] Sale sobrando esperar. Agustín y Genaro son uno. Se cuentan hasta lo que no. A estas alturas...
- Clara: [Con seguridad.] A nadie se lo ha dicho. [Burlándose.] Y de llegar a contarlo, de paso invita a su mujer: para que esté presente. No te enfades. Tú también serás invitada.
- Marey: ¡Cínica!
- Clara: Precavida, es la palabra. En esta vida hay que ser precavida. Hay que cerrar las puertas del corazón, para que no se nos vaya tan pronto, la felicidad. Conóceme, Marey. Decidí volverme desgraciada. No me importarán los hijos, ni la esposa, ni la gente. Ni él importará tanto, estando mi dicha de por medio.
- Marey: Mientras sean sólo palabras.
- Clara: Puedes escuchar desde el otro lado de la puerta.
- Marey: ¿Por qué no lo hiciste anoche mismo?
- Clara: [Insegura. Fue tomada por sorpresa. A punto de llorar.] Marey, ¿me prestas tu bata rosa?
- Marey: Te quedará grande.
- Clara: Tú préstamela. [Marey no le contesta.] ¿Sí me la prestas, manita?
- Marey: ¡Pobre Clara! [La abraza.]
- Clara: ¡Déjame ilusionarme! [Llora. Marey le limpia las lágrimas.]
- Marey: [Animándola.] Con el pelo corto, te verás más joven.
- Clara: [Apartándola.] De todos modos pensaba cortármelo.
- Marey: Te regalaré unas pinturas.
- Clara: [Fría.] Eres demasiado dadivosa.
- Marey: Iremos a fiestas.
- Clara: Siempre hemos ido.
- Marey: Ahora con otro propósito.
- Clara: Es el mismo propósito de siempre.
- Marey: ¿Cuál?
- Clara: [Mintiéndola.] Divertirnos en grande. [Abraza a su hermana. Asustada y con gusto a la vez.] ¿De veras pensabas decirle a Rubén?
- Marey: Pensaba, no sé lo que tú pienses. [Clara no le contesta.] Recuéstate, un rato. Te ves demacrada.
- Clara: Es la edad.
- Marey: Es la falta de fe.
- Clara: [Repentinamente asustada.] Le di a Agustín la llave del candado del patio.
- Marey: ¿Y qué?
- Clara: Vendrá a buscarme.
- Marey: Recíbelo en la sala.
- Clara: Recíbelo tú.
- Marey: [Riéndola.] Pondré una tranca.
- Clara: No es suficiente. Debemos cambiarlo. Marey, préstame dinero para comprar otro candado.
- Marey: Ya ha de estar cerrada la tlalpalería.
- Clara: Son como las siete y media. Nos da tiempo. [Abre el ropero y saca un chal. Se lo pone.] También tenemos que comprar el foco del patio. Uno de quinientos watts. Para que alumbre mejor.
- Marey: [Riéndola.] Ahora sí te apura, ¿verdad?
- Clara: Me vas a prestar dinero, ¿o no? [Marey ríe y niega a la vez. Clara la tumba en la cama. Forcejean. Ambas ríen. El telón cae lentamente.]



DOS

"he aquí que, en la impensada tiniebla de la muda ciudad, eres un lampo".

PERSONAJES:

Sabina, treinta años. Es maestra de secundaria.

Fidela, quince años mayor que Sabina. También es maestra.

Porche de una casa de madera. El techo es de teja. A lo largo del barandal habrá macetones con flores agradables. En el jardín se intuyen plantas de ornato. Un corredor estrecho conducirá a la puerta de la calle, que no se ve. El frente de la casa fue recientemente pintado de blanco. Las cortinas de las ventanas son de encaje. La cerradura de la puerta está descompuesta: por fuera y por dentro se abre con una manija. Un farol mal ilumina el escenario. Dos mecedoras y una mesita de mimbre completan el cuadro. Antes de abrirse el telón se escucha "Une maniere de commencement", de Erich Satie. Al abrirse, Sabina se encuentra sentada en una de las mecedoras: se mece con brusquedad. Más bruscamente cuando los golpes sobre la puerta que conduce al interior de la casa se hacen oír. Cerca de Sabina se ve una maleta de buen tamaño. Es de madrugada.

Voz de Fidela: [Desde dentro. En tono de súplica.] ¡Sabina, con el desarmador no puedo!

Sabina: Es más fácil que con la manija.

Voz de Fidela: No puedo.

Sabina: ¡Qué lástima! [Se abanica con la manija].

Voz de Fidela: ¿Me vas a abrir, o no?

Sabina: Sigue haciéndole la lucha. Nada más no vayas a descomponer la cerradura más de lo que está. [Dándose por vencida, Fidela arroja el desarmador contra la puerta. Momentos después, corre las cortinas de una de las ventanas. La abre y con trabajos salta por ahí.] Estás enseñando todas las piernas. Alguien te las puede ver.

Fidela: Tú me las estás viendo y no te volteas.

Sabina: [Volteando hacia otro lado.] ¡Ni quién te las esté mirando!

Fidela: [Después de una pausa.] No es necesario que te vayas. Puedes seguir viviendo aquí.

Sabina: ¿Tú crees?

Fidela: Molestaré lo menos posible.

Sabina: Molestarás, al fin y al cabo.

Fidela: Me mudaré al cuarto de atrás.

Sabina: Es muy pequeño. Con la pura cama llenas el cuarto.

Fidela: Compraré un catrecito.

Sabina: De todas maneras estarás incómoda. Y no hay necesidad.

Fidela: Será por pocos días, mientras lo mando ampliar.

Sabina: No estaría mal.

Fidela: Estaré a mis anchas. Te lo aseguro.

Sabina: [Entre dientes.] La casa valdrá más.

Fidela: Entonces... ¿siempre te quedas?

Sabina: [Golpeándose el cuello.] ¡Malditos zancudos! Están bravos esta noche.

Fidela: ¿Te pongo repelente?

Sabina: ¡No vayas a tocarme!



Fidela: Será únicamente la cara y el cuello.

Sabina: Ni en la cara ni en ninguna parte.

Fidela: Se te harán ronchas.

Sabina: Que se me hagan.

Fidela: No tienen por qué hacerse. Iré por él, y tú te lo pondrás. ¿De acuerdo? [*Sabina, de lo más solícita, abre la puerta con la manija.*]

Sabina: Eso es. Vé por él, y aquí te espero.

Fidela: [*Desde el umbral.*] No vayas a volver a cerrar.

Sabina: Un poco de ejercicio no hace mal a nadie.

Fidela: Me raspé un brazo al saltar por la ventana.

Sabina: Nadie te obligó. De haberte quedado adentro, ahorita estarías sana y salva.

Fidela: Dame la manija.

Sabina: Entra con confianza. No voy a llevármela. La echaré por la ventana a su debido tiempo.

Fidela: ¿Así que vas a volver a cerrar?

Sabina: Alguien podría entrar si la dejas abierta.

Fidela: Con tales amenazas, más vale que no vaya por el repelente.

Sabina: ¿Aunque me coman los zancudos?

Fidela: Me quedaré aquí para ver cómo lo hacen. [*Pausa.*]
¿Por qué agarraste mi maleta?

Sabina: ¿Es la tuya?

Fidela: No te hagas la inocente, y desocúpala.

Sabina: No me la pienso robar. Te la devolveré cuando no la necesite. Ni un día más.

Fidela: Se da el caso que la voy a necesitar mucho antes.
¿Tan pronto se te olvidó que salgo de vacaciones el próximo sábado? Faltan dos escasos días.

Sabina: Préstamela. La mía es más pequeña. No caben todas mis cosas.

Fidela: Tú la escogiste a tu gusto y a tu medida. Si ahora es insuficiente...

Sabina: Mañana puedes comprar otra.

Fidela: No me da la gana.

Sabina: No tengo tiempo de hacer cambios. Nemesio está a punto de llegar.

Fidela: Peor para ti. Perderás el tren si no te apuras.

Sabina: No perderemos nada. Excepto la maleta. [*Se la arroja a los pies.*] Ahí la tienes.

Fidela: La quiero vacía.

Sabina: Pues vacíala. Me iré sin ropa.

Fidela: [*Canturreando.*] Con una maleta extra llevaré más vestidos. [*Pausa.*] ¿Y dónde piensas pasar tus vacaciones?

Sabina: ¿Qué te importa?

Fidela: A su edad y con sus veinte horas de sueldo, no te llevará muy lejos.

Sabina: Te mandaré una tarjeta del otro lado del mundo.

Fidela: Soñar no cuesta. [*Pausa.*]

Sabina: ¿Cuánto crees que nos den por la casa?

Fidela: ¿Cuál casa?

Sabina: La nuestra.

Fidela: No está en venta.

Sabina: Mi parte sí.

Fidela: La mía no.

Sabina: [*Abrazando su bolso de mano.*] Tengo las escrituras.

Fidela: Necesitas mi firma.

Sabina: Verás que no.

Fidela: [*A punto de llorar.*] Con tanta suciedad dentro, no habrá quién la compre.

Sabina: El frente tiene muy buen aspecto.

Fidela: No me refería a la casa, sino a nosotras.

Sabina: ¡Y tú que no quieres terminar! [*Pausa.*]

Fidela: [*Arropándose.*] ¡Está refrescando! [*De manera ensordecedora se escucha un grillo. Con los oídos tapados Sabina comienza a buscar el lugar donde proviene el ruido.*]

Sabina: [*Gritando.*] ¡Cállate! [*Arroja una maceta al jardín. El ruido continúa un poco más, y de golpe deja de oírse.*]

Fidela: [*Con tranquilidad.*] Le hubieras arrojado la de begonias, estaban más marchitas. [*Después de una pausa, Sabina busca cigarrillos en su bolsa; se lleva uno a la boca. Saca una caja de cerillos, enciende dos o tres, pero no logra prender el cigarro.*]

Sabina: ¿Tienes cerillos? [*Estruja la caja y la mete en su bolsa.*]

Fidela: Hay en la cocina.

Sabina: Ve por ellos, ¿sí?

Fidela: ¿Me mandas, o me lo pides de favor?

Sabina: Necesito fumar, ¿no ves que estoy nerviosa?

Fidela: No es extraño en ti. Desde niña lo eres.

Sabina: Por favor, Fidela.

Fidela: Iré, sólo si me das un beso. [*Con brusquedad Sabina mete el cigarrillo a la bolsa. Pausa.*]

Sabina: Esta tarde, le conté todo a Nemesio.

Fidela: ¿Todo?

Sabina: Lo suficiente para que entendiera.

Fidela: ¿Tanta confianza tienes en él? Hace tres meses que lo conocemos.

Sabina: Desde hace tiempo quería contárselo a alguien. Qué mejor que fue a quien me quiere.

Fidela: ¿Desde cuándo?

Sabina: No se lo he preguntado.

Fidela: ¿Y si lo cuenta a los maestros, o a los alumnos?

Sabina: Vamos a fugarnos: no lo contará.

Fidela: Te hubieras fugado, en el verdadero sentido de la palabra. Sin avisar: es menos doloroso... Al principio.

Sabina: ¿Te duele?

Fidela: ¡Comenzó hace tantos años!

Sabina: Era justo que terminara. Aún hay tiempo para mí.

Fidela: Casi veinte años, ¿no fueron suficientes?

Sabina: Estaba empezándome a dar asco.

Fidela: Ayer no te dio.

Sabina: He de haber estado dormida.

Fidela: Fingías. [*Pausa.*] ¿Se van a casar?

Sabina: Espero que sí. Todavía no hablamos de eso.

Fidela: Es viudo, dicen.

Sabina: Con dos hijos.

Fidela: Tendrás que cuidarlos.

Sabina: El uno tiene dieciocho y el otro casi veinte. ¿Crees que necesiten ser cuidados?

Fidela: Algún día sabrán lo nuestro.

Sabina: ¿Y quién va a contárselos?

Fidela: Quizás yo. [*Se escucha el ruido de un coche que se acerca.*]

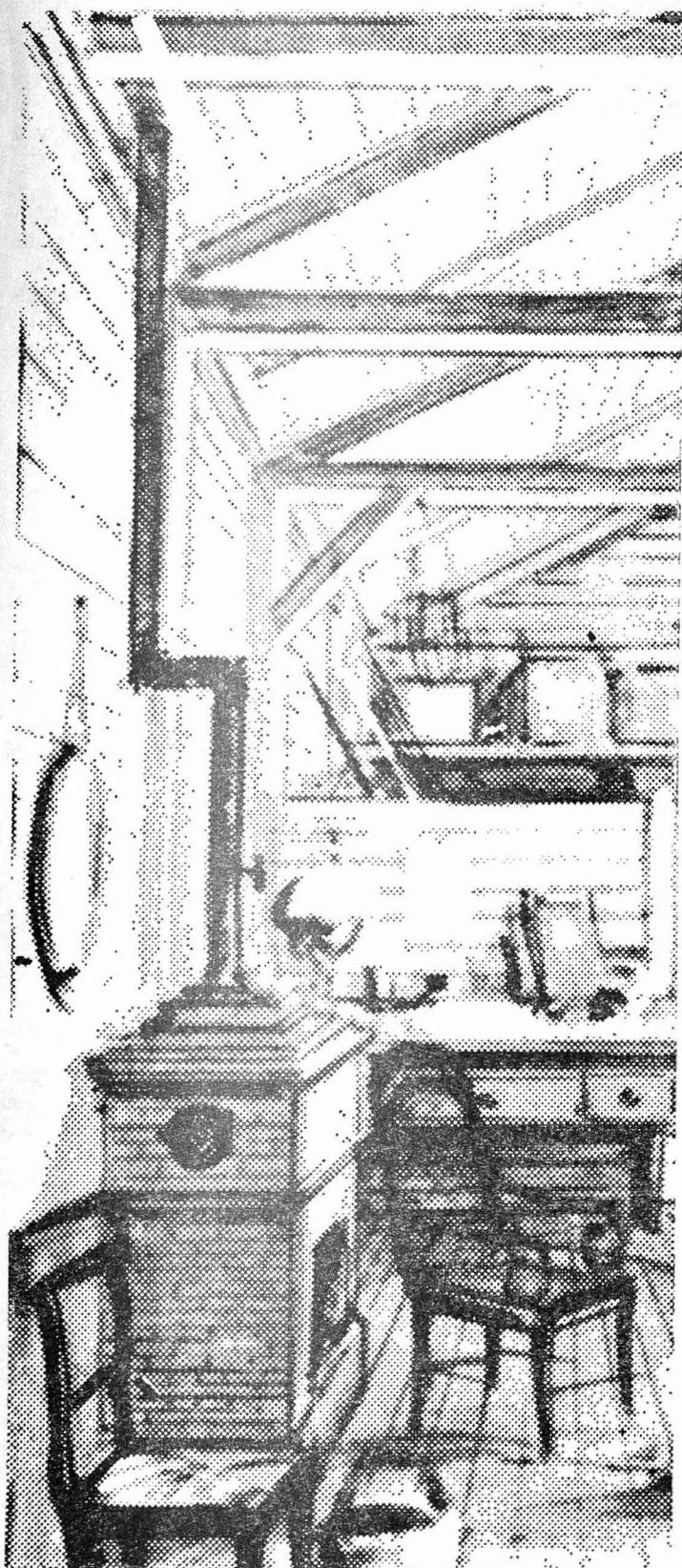
Sabina: ¡Es Nemesio! [*Va corriendo a la puerta de la calle y sale. El ruido se aleja. Entra con paso apresurado y va por la maleta.*] Era otro taxi.

Fidela: ¿Y de veras le alcanza para pagar uno?

Sabina: ¡Cállate el hocico!

Fidela: ¿A dónde vas?

Sabina: A la estación.



Fidela: ¿Te dejó plantada?

Sabina: A cualquiera se le hace tarde.

Fidela: [Arrebatándole la maleta.] Quedamos que te ibas sin ropa.

Sabina: ¿Dije eso? Creí decir que me llevaría tu maleta.

Fidela: La que tiene que decir la última palabra, soy yo.

Sabina: ¿... cuál es?

Fidela: Te la llevarás, pero sólo si él viene por ti. Ya te ves yéndolo a buscar, a rogarle.

Sabina: Es mi problema.

Fidela: Si te conviene esperar, espera.

Sabina: Voy a esperar porque sé que vendrá. Que viene en camino.

Fidela: No se te olvide hacerlo entrar hasta aquí.

Sabina: ¿Para qué?

Fidela: Para escupirle la cara. [Pausa.] ¿Te acuerdas cuando murió mamá?

Sabina: ¿Por qué?

Fidela: Me encargó que cuidara de ti.

Sabina: ¿A qué le llamas cuidar?

Fidela: Seguiré cuidándote, Sabina.

Sabina: Que sea de lejos, por favor.

Fidela: Rezaré para que te vaya bien.

Sabina: Mejor reza por ti, Fidela. [Pausa.] Olvidé cobrar mi sueldo. ¿Quieres cobrármelo? Dile a la secretaria que después firme.

Fidela: ¿A dónde voy a mandártelo?

Sabina: ¿Me creerás si te digo que todavía no sé ni a dónde vamos? Déjalo. Regresando de vacaciones, lo cobro.

Fidela: Ese dinero te iba a servir.

Sabina: Servirá para más adelante.

Fidela: ¿Necesitas dinero?

Sabina: Ni sé. Quizás sí.

Fidela: ¿Cuánto quieres?

Sabina: ¡No quiero que me regales nada! ¡Todo se terminó! ¿Lo entiendes?

Fidela: ¿Quién va a disfrutar de lo que gano?

Sabina: Regálaselo a otra.

Fidela: No habrá ninguna otra.

Sabina: Disfrútalo tú.

Fidela: ¿Dónde tengo que firmar para que puedas vender la casa?

Sabina: [Saca las escrituras de la bolsa y se las da.] Ten tu cochinateda de casa.

Fidela: Nuestra cochinateda. [Pausa.] ¡Sabina, entiéndeme, no te vayas! [Llora en silencio. Pausa.]

Sabina: Te dejé una carta debajo de la almohada.

Fidela: ¿Qué dice?

Sabina: La escribí antes de que decidiera decírtelo.

Fidela: ¿Qué me escribiste?

Sabina: Rómpe-la sin abrirla. ¿Me lo prometes?

Fidela: No. [Se escucha el silbato de un tren que se acerca.]

Sabina: ¡El tren! [Agarra la maleta y hace el intento de salir.]

Fidela: [Impidiéndole el paso.] No. Si él te quiere vendrá por ti.

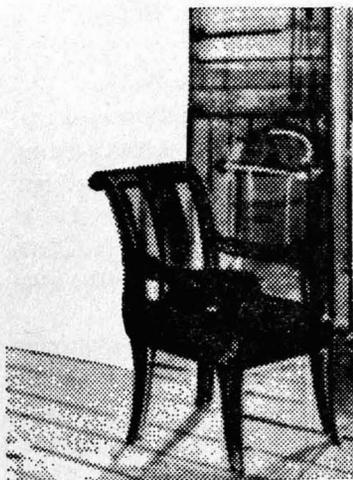
Sabina: Vamos afuera, a ver si pasa un taxi.

Fidela: Lo esperamos aquí en el porche.

Sabina: Hazte a un lado.

Fidela: [Amenazándola con la manija de la puerta.] Con un empujón más, te rompo la cara.

Sabina: ¿Y qué esperas? [Sigue tratando de hacerla a un lado.]



Fidela le goplea un brazo. Sabina deja de forcejear.
Fidela: [Arrepentida.] ¿Te pegué fuerte?
Sabina: ¡No vayas a tocarme! [Se escucha el ruido de un coche que se acerca.] ¡Es él! [Apresuradamente se dirige a la puerta de la calle. Deja la maleta a medio camino y regresa. Trata de abrazar a su hermana. Fidela la rechaza.] Acompañame a la estación, ¿sí?
Fidela: ¿Para qué?
Sabina: Para despedirme. Para despedirnos. Anda. No te hagas del rogar. [La jala de una mano.]
Fidela: Estoy toda desabrigada.
Sabina: Trae tu chalina. Te esperamos.
Fidela: Ve tú. Vete ya. Vete de una vez. [El ruido se aleja.]
Sabina: [Sale corriendo. Vuelve a entrar con paso muy lento.] ¡Tampoco era! [Furiosa.] ¡Ese animal qué se está creyendo! [Patea la maleta.]
Fidela: Aún hay tiempo.
Sabina: ¡Diez pinches minutos!
Fidela: A veces el tren tarda mucho más.
Sabina: Nunca de noche.
Fidela: Se pueden ir mañana, u otro día.
Sabina: Quedó de venir hoy, sin falta.
Fidela: Entonces, ¿para qué preocuparse?
Sabina: Pues que se apure. Si se tarda un minuto más, no me iré con él.
Fidela: Te irás, apenas lo veas bajar del coche.
Sabina: ¡Que no esté tan seguro! [Pausa.]
Fidela: [Hace el intento de salir.] Le voy a decir al doctor que te lleve en su camioneta.
Sabina: [Deteniéndola.] No despiertes a nadie.
Fidela: Está despierto. Se ve luz en su consultorio.
Sabina: He dicho que no.
Fidela: Ni lo estés pensando.
Sabina: Fue idea de Nemesio. No se puede echar para atrás. Y menos ahora que la pasamos juntos.
Fidela: ¿Juntos?
Sabina: Sí, los dos, él y yo. En el taller de costura.
Fidela: ¿En la escuela? La puerta del taller se abre al menor empujón. Yo misma estuve a punto de hacerlo cuando pasé por ti.
Sabina: La atranqué por dentro.
Fidela: ¿Tú la atrancaste, y no él?
Sabina: A Nemesio no le importaba que lo vieran.
Fidela: Te advertí que no le dieran mucha confianza.
Sabina: Él se la dio.
Fidela: ¡Putá! [Pausa.]
Sabina: [Con un hilo de voz.] Nemesio ni me besó siquiera. Me maltrató mucho. Me obligó. Únicamente quería gozar él.
Fidela: ¿Y a pesar de eso ibas a irte?
Sabina: Voy a irme, si no es con él, con cualquier otro.
Fidela: ¿Y qué esperas?
Sabina: ¡No sé ni qué estoy esperando! [Pausa.]
Fidela: Es demasiado aburrido viajar sola. Quizás no salga de vacaciones.
Sabina: Vete. Es más aburrido estar todo el día en la casa. [Después de una pausa, abre su bolsa y saca un fajo de billetes. Se los da a Fidela.] ¡Tomé tu dinero! [Fidela con la mayor indiferencia, lo guarda en la maleta.]
Fidela: [Hurgando.] No llevas ninguna bata.
Sabina: Me compraré una. No te preocupes. [Pausa.]

Fidela: Si te vas a ir, apúrate. Vas a perder el tren.
Sabina: La calle está bastante oscura.
Fidela: Siempre lo ha estado.
Fidela: Está más oscura que de costumbre.
Fidela: Te estaré vigilando desde la puerta.
Sabina: Te meterás y me quedaré sola en la calle.
Fidela: Si quieres que te acompañe a la estación: no voy a acompañarte.
Sabina: Es que tengo miedo.
Fidela: Todos te conocen. Nadie te hará daño.
Sabina: Es otra clase de miedo. Un miedo de ser mujer... de vivir... de ser yo misma.
Fidela: Necesitas más cariño. Eso es todo [Se escucha un silbato de un tren que se aleja.] Ahí deberías ir tú.
Sabina: Ahí voy, de lo más contenta, rumbo a mi destino. [Pausa.] Fidela...
Fidela: Dime.
Sabina: Perdóname.
Fidela: Olvídalo. No fue nada. O casi nada.
Sabina: ¿Te hice daño?
Fidela: ¿Y todavía lo preguntas? [Pausa.]
Sabina: Ya no soy la misma.
Fidela: ¿Dónde está la otra? [Sabina contiene las lágrimas. Pausa.]
Sabina: Procuraré que todo vuelva a ser como antes.
Fidela: [Resentida.] Nemesio, lo contará más adelante. A nuestras amistades. Al director. Nos harán la vida pesada.
Sabina: ¿Qué pueden hacernos?
Fidela: Primero que nada: corremos de la escuela. [Pausa.]
Sabina: ¿Por qué no hacemos una permuta, o pedimos un cambio y nos vamos de aquí?
Fidela: ¿Y a dónde iremos?
Sabina: A cualquier parte.
Fidela: Tienes razón. Nada nos une a esta ciudad. Y lo poco que nos une lo echaremos al cesto de la basura.
Sabina: Nos une una vida. [Pausa.] Tenemos que vender la casa.
Fidela: Es más fácil rentarla.
Sabina: Haré un gran letrero, anunciándola. [Pausa.]
Fidela: [Reprimiendo el entusiasmo.] Mañana, mientras tú estás dando tu clase, yo hablaré con el director para iniciar nuestro trámite de cambio. Y el sábado, como lo teníamos planeado, saldremos de vacaciones. [De aquí hasta el final se escucha el "Lent" de "Trois gnoasiennes", de Erick Satie.]
Sabina: De vacaciones no. Que sea definitivo.
Fidela: Un día con otro lo será. Esta vez, tenemos que conformarnos con escoger la ciudad que más nos guste.
Sabina: Yo voté por la más grande.
Fidela: Y yo por la más lejana.
Sabina: Una ciudad muy grande y lejana.
Fidela: Tendremos otra casa como ésta. Llena de vida. De luz. De flores. [Pausa.]
Sabina: [Agarra la maleta y se dirige a la entrada de la casa.] Vamos a dormirnos. Tenemos que levantarnos temprano.
Fidela: ¡Una luciérnaga! Ayúdame a agarrarla, Sabina. [Radiante de felicidad, corre tras ella por todo el jardín. Sabina se sienta en la maleta y la mira con atención: también ríe.]
Sabina: [Repentinamente preocupada.] ¡No vayas a tropezarte con la maceta, Fidela! [El telón cae lentamente.]